

De la melodía a la calma

Al ser parte del comando directivo de una guerrilla también se es capaz de sentir paz. Para Vera Grabe la música era la mejor arma para obtenerla.

Por: Margarita Navarro Raful

Un hombre blanco sentado en un cuarto al azar de su casa, al que llamaba taller, cortaba pino en la sintonía perfecta para crear música. Estaba haciendo un violonchelo. Era su instrumento favorito. Siempre tocaba frente a su hija, Vera Grabe. Cuando su niña entendió mejor la situación y cómo él hacía magia, le heredó su 'chelo' más valioso y clásico del final del siglo XIX. Ella se quedó con la pasión que le transmitió su padre en cada canción.

Vera, tiempo después, cuando creció, descubrió que en su interior la paz se representa como música. En todas sus versiones.



La música para Vera.mp3

Sus padres la introdujeron a las melodías casi sin pensarlo y sin que se diera cuenta. El arte era algo que se valoraba sin cuestionar entre las paredes en las que creció, así como la historia. Sus padres, Werner Grabe y Thea Loewenherz, eran una pareja de migrantes alemanes provenientes de Hamburgo, por lo que educaron a Vera con las historias de sus antepasados en la Segunda Guerra Mundial.

Entre historias, sobre muertes y nula justicia, cada noche la madre le cantaba a su hija canciones de cuna en alemán. Mientras Vera crecía, les fue cogiendo un cariño particular. La transportan a su casa, a su infancia, a la calma. Le transmiten paz.

En su casa se sentía segura, siempre la validaron y le dieron su lugar, no le prohibieron nada. Se sentía en confianza. El respeto era primordial. La sensibilidad como valor principal la llevó a centrarse en la sed por la justicia social, por cambiar al mundo.

En el bachillerato empezó a alfabetizar y esto la hizo sentir productiva ante la sociedad. Sin embargo, ya en la universidad se cuestionó: "¿eso va a cambiar el mundo, al país?" y descubrió la política.



Descubrió también que no se sentía representada por ningún partido tradicional. A Vera le llamó la atención la revolución.

En esa época de fiestas donde era prioridad el ron con Coca-Cola y una buena salsa de Richie Ray y Bobby Cruz de fondo, tuvo de frente un llamado de su destino, invitándola a pasar.

Se les acercaron, y ella se acercó a diferentes personas de algunas guerrillas colombianas como las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) y el ELN (Ejército de Liberación Nacional). Pero eran muy dogmáticos y para hacer parte de los grupos armados tenían que ser héroes e impresionarlos de entrada. Vera en cada propuesta se sintió insegura, tenía muchas dudas y miedos. Además, no quería renunciar a sus gustos, su personalidad. Solo pensaba "la revolución no puede ser una camisa de fuerza", y siguió buscando respuestas.

No mucho después, en la universidad se encontró con unas personas distintas, diferentes a su primera experiencia, que le permitían ser quién era. Con cada duda ya que "cada ser humano es un proceso", le dijeron. Ya era parte desde la confianza.

Sin cara, sin nombres, pero con un propósito, le llegó la invitación a integrar un movimiento. Comuneros se llamaba ese grupo en el que, casi desde la ignorancia, empezó a militar. Su primera misión fue vigilar los movimientos de la seguridad de la Quinta de Bolívar. Rindió su informe sin saber que estaba trabajando en su primera misión que desembocó en el robo de la espada de Bolívar por parte del Movimiento 19 de abril (M-19).

El M-19 era una opción diferente a las otras guerrillas existentes, con gente que estaba en otra búsqueda. Se estaba planeando un proyecto no sectario, de unidad. Sobre todo, buscaba una manera de meterle política a las armas para que tuvieran un sentido.

Por eso, desde el primer momento, Vera confió en el movimiento y ellos en ella. Fue creciendo dentro del grupo, llegando a ser la única mujer que integró el comando directivo del M-19. Y día a día crecían también sus ganas de dejar en alto a la revolución.

Buscaron crear apoyo popular con sus acciones, ya que asaltaban vehículos con suministros y los repartían entre los pobres de sus regiones, llegando a ser apodados en conjunto como 'Robin Hood'. Pero no siempre fue así, también se volvió sinónimo de secuestros, de atentados contra los derechos humanos. Representó odio. Y en un momento también dejó de ser perfecto para Vera Grabe.

Una tarde de 1979, a las cinco y media, frente al Concejo de Bogotá, a



una cuadra del apartamento de Vera, se empiezan a escuchar gritos de cuatro civiles.

Esa es, la mona.

- ¡Cojan a esa hijueputa!

La agarraron a las malas, la metieron en una camioneta blanca con el símbolo de la Cruz Roja. La esposaron. Y como era de esperarse, arrancaron a toda velocidad.

“Dos cosas sentí con nitidez: que no tenía escapatoria, pero que no era el final, que en esta no me quedaba”, recuerda Vera en su testimonio para la Comisión de la Verdad.

Después la pasaron a otro carro, y todavía en cámara rápida la llevaron a donde iba a parar todo el mundo: a Usaquén. A las famosas caballerizas.



Se notaba que ya era algo normal, un ritual. Levendaron los ojos, le apretaron las esposas, y le quitaron toda la ropa sin otro fin que destrozarla a punta de frío, cansancio, dolor y humillación.

Todo se repetía una y otra vez.

- ¿Cómo se llama? ¿Qué hace? ¿Qué sabe? ¡Hable del M-19!

- Y ese nombre tan raro, ¿no será falso? - interrumpió el otro hombre, con desprecio.

La miraban detalladamente. Le agarraban el pelo, mandaban a otros a examinarlo como si nunca hubieran visto otro igual.

- ¿Pero ese pelo sí es de verdad? No puede ser, mono y crespo, debe ser una peluca...

Pero Vera, callada, sin abrir la boca ni para decir su nombre, se dio cuenta rápido que, a más silencio, más rabia les da. No pensó ni un segundo

en decir algo. "Con tal de que no me hagan cosquillas o me pongan cucarachas encima", pensó.

Ni una gota de agua, ni un bocado de comida y nada de sueño. Durante los diez días que otorgaba el perverso artículo 28 de la Constitución de 1886, que tenía para disponer del detenido... Diez días con diez noches que ni ella sabe cómo soportó.

En la noche de Halloween, llegaron dos hombres con un espantoso tufo a trago y una enorme grabadora.

-Bueno, acá vamos a tener nuestra propia noche de brujas.

Y así fue. Vera vivió lo que muchos solo lo creen posible en películas de terror. Una verdadera tortura. Los hombres medio borrachos pusieron música rock a todo volumen y empezaron sin piedad su atentado contra Vera.

"Me pellizcan los senos, me abren las piernas y me golpean los genitales con una toalla mojada". Hasta que se aburrieron... Y al día siguiente volvían otra vez. Los mismos pellizcos. Su arma de guerra era la violación, la amenazan una y otra vez. "Me golpean el vientre, me tiran al piso y me meten un palo en la vagina. Sangré y tuve dolores en el vientre por mes y medio".

Una noche oyó los gritos de Álvaro (Fayad) "El Turco", que lo habían llevado a ese oscuro lugar por la mañana del día en el que ella fue arrastrada hasta allí. Está en una celda cercana. Mientras la sacaban del recinto donde va a empezar la sesión nocturna, alcanzó a verlo. Lo llevaban de vuelta a su celda, desnudo, flaco, brutalmente golpeado. Era difícil de ver.

Pero apenas Vera regresó a su celda, empezó a cantar a grito herido, con lágrimas, sin poder más, todo lo que se le atravesara por la cabeza, canciones de su infancia, boleros, cantos rebeldes, el himno de la alegría, para decirle de forma indirecta a Álvaro "estoy viva, firme y bien", y que estaba con él.



Como la cigarra de Mercedes
Sosa.mp3

En una entrevista mucho después para Mi Banda Sonora, Vera recuerda una canción en particular: Como La Cigarra, de Mercedes Sosa. Esa canción la salvó, le dio moral y la fortaleza para revivir de ese infierno. El agradecimiento con sus padres era infinito por haberle mostrado ese gran tesoro, la música y su inmenso valor.

Apenas salió se le hizo imposible no recordar como alegaba con su padre tiempo atrás.

-Papá, aquí se tortura.

- ¡No, esos son puros cuentos de izquierdosas!, invento tuyo.

Su padre la visitó, con los ojos aguados y mientas le cogía la mano a su hija, le pregunto curioso

- ¿Es verdad que eres guerrillera?

- Claro- le contestó Vera sin titubear.

- Esto es como los nazis. Tú has hecho más en tu corta vida de lo que yo nunca pude hacer, luchar contra los nazis, estoy orgulloso...- agregó casi llorando.

Vera siguió viviendo la música. En el campamento de Santo Domingo el M-19 era un ejercicio de paz, un espacio muy grato, muy vital, muy movido.

Solo le Pido a Dios, también de Mercedes Sosa, se volvió unhimno a la paz y representante al acuerdo que estaban prontos por firmar, en 1990.



Final del testimonio de Vera Grabe.mp3

Actualmente Vera sigue dándole significados a melodías y acordes. Cuenta que una vez le contó a un taxista que la reconoció que hace parte del Observatorio para la Paz, educando desde la experiencia y este le contesto: "usted todavía debe tener muchas cosas que hacer porque por algo sigue viva. Tiene una misión".

Vera sabe que su lugar seguro siempre estará detrás de unas líricas y de una pista que sale del corazón.